

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ MAGDA

## ¿EUROPA ES CULPABLE?

A lo largo de todo el siglo XX, se ha consolidado un total desprestigio y desautorización de la cultura occidental en su pretensión de erigirse en faro de la civilización, como habría pretendido la historiografía y la filosofía del siglo XIX, Hegel a la cabeza. Contrariamente a ello, comenzará a verse como un poder depredador infatuado de sí mismo e ilegítimo en sus pretensiones de universalidad.

El origen de nuestro actual sistema-mundo o economía-mundo (*World-systems approach*) lo sitúa Immanuel Wallerstein, acuñador del término, a finales del siglo XV y en el siglo XVI como nacimiento del capitalismo, que, posteriormente desarrollado por la expansión colonial, configura a Europa como centro y al resto de países como periferia.

Con el descubrimiento de América nace la economía-mundo europea, y para los críticos del pensamiento decolonial –corriente hoy hegemónica en Hispanoamérica–, la gestación eurocéntrica de una modernidad no inclusiva, cuyo origen es colonial, si no genocida, y que se basa en la exclusión del Otro.

---

Rosa María Rodríguez Magda es catedrática y doctora en Filosofía. Entre sus últimos libros, *Inexistente Al-Ándalus*, *Razón digital y vacío*, y *La condition transmoderne*. [www.rodriguezmagda.com](http://www.rodriguezmagda.com)

Una crítica similar a la modernidad cultural eurocéntrica, aunque dirigida al otro extremo del globo, será expuesta por Edward Said en su conocido libro *Orientalism* (1978), en el que denuncia la visión romántica y exótica que Europa desarrolla con respecto a Oriente Medio y Extremo Oriente, encubridora de la realidad colonial e imperialista.

Uno más de los textos que parte de esta visión, aunque matizándola, es el libro de Samir Amin *El eurocentrismo, crítica de una ideología*<sup>1</sup>. Para este autor, la cultura moderna dominante está basada en un universalismo humanista engañoso, ejemplificado actualmente en el modelo capitalista de libertad de empresa y mercado, laicismo y democracia pluralista, pero que lleva en su seno la contradicción, pues está sustentado en la destrucción de los pueblos y las civilizaciones que se resistan a la expansión de dicho modelo, la distancia centros/periferias y la acumulación desigual. La producción deslocalizada convierte a los individuos en fuerza de trabajo transmigrable en un mundo globalizado, y empuja a los marginados a emigraciones masivas hacia los centros.

Ciertamente Europa ha escrito la historia desde sí misma. La filosofía griega, el derecho romano, el cristianismo y después la Ilustración, han ido configurando una idea de civilización que pretendía asentarse sobre valores universales. El propio sentido autocrítico del pensamiento occidental ha llevado a replantearse lo que dicha visión tenía de pretenciosa ocultación del otro; frente a una Modernidad segura de sí, se alzó la crítica postmoderna, surgida en el mismo seno de dicha Modernidad, que ha tenido como fin el deconstruir dichos valores universales: sujeto, razón, progreso, justicia..., convirtiéndolos en visiones relativas, situadas y propias de una comunidad particular, reduciendo su hegemonía a un sospechoso ejercicio de poder. Tras la impugnación de los maestros de la sospecha (Freud, Marx y Nietzsche), las pretensiones de Verdad se mostraron como pulsiones del inconsciente, ideología que ocultaba intereses económicos o metáforas de resentimiento vital. En su estela, toda la historia del pensamiento del siglo XX ha sido una constante autode-

---

<sup>1</sup> Samir Amin, *El eurocentrismo, crítica de una ideología*, México, Siglo XXI, 1989.

nuncia que ha ido socavando las bases, quizás un tanto ingenuas, en las que se asentaba la identidad europea.

Solo posturas muy conservadoras siguen ajenas a este sentido de culpabilidad y mantienen la imagen de la lucha de una sola civilización frente a la barbarie o el atraso. En respuesta a su prepotencia, al no reconocer todas las autocríticas del último medio siglo, se alza la deconstrucción, que parece, pendularmente, llevarnos al otro extremo.

## EL OCCIDENTE CULPABLE

Igualada Modernidad a imperialismo colonial, de ello se derivan diversas consecuencias:

- Crítica a la noción de universalidad “europea”. Impugnación de los valores ilustrados por eurocéntricos.
- Victimización del Otro.
- Demonización de Occidente. Europa debe hacerse perdonar su culpa: abriéndose al otro y negando los aspectos que la convirtieron en Imperio, surge así un multiculturalismo normativo que rige los imperativos de acogimiento y tolerancia como una deuda. Y ello tiene vital transcendencia pues convierte lo que debería ser una noble aplicación de los derechos humanos en un pago vergonzante y pleno de concesiones con el que expiar pasados pecados, configurando un subtexto inconsciente o explícito en las políticas de integración.

Occidente, autoconvencido de su culpa, sufre lo que Arnaud Dotézac<sup>2</sup> denomina el “síndrome de Estocolmo anterógrado”, una forma particular de capitulación preventiva. Dotézac pone como ejemplo de síndrome de Estocolmo la reacción en España ante el atentado del 11 de marzo de 2004

<sup>2</sup> **Arnaud Dótezac**, “Guerre asymétrique et droit international : pour un nouveau traitement juridique de la fracture de la paix”, en <http://www.checkpointonline.ch/CheckPoint/Forum/For0073-GuerreAsymetriqueDroit.html>

en Madrid, cuando la ira no se dirigió tanto hacia los terroristas sino contra lo que nosotros –el Gobierno de José María Aznar– habíamos hecho para provocar dicho ataque. Los países occidentales, ante posibles amenazas, desarrollarían ese síndrome de Estocolmo anterógrado. Una situación que, desgraciadamente, vimos también aparecer de nuevo tras los atentados de París del 13 de noviembre de 2015. Si en un primer momento primó la solidaridad consternada y un sentido patriótico exacerbado, bien pronto comenzó a extenderse la retórica de la culpa.

La denegación de lo propio, el autoodio, la delectación en un nihilismo mórbido, se reviste de actitud moral superior, una versión laica, izquierdista y multicultural de la encomienda cristiana: “Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme”. Debemos negarnos a nosotros mismos, abrir los brazos al otro, porque hemos de purgar el pecado de nuestros padres, sea este la conquista de América, la esclavitud de los negros, el colonialismo o el holocausto nazi. La trampa emocional consiste en hacernos corresponsables de un monstruo retroactivo: “el hombre blanco”, su historia y su cultura, de los que no reconoceremos sus logros, sino únicamente su culpa, que hemos heredado. El heroísmo consistirá en reducir a cenizas nuestro pasado imperio y entregarlo como ofrenda expiatoria, íntegros así, superiores moralmente, limpios de toda mácula. Esta actitud la podemos reconocer en gran parte de la *intelligentsia* actualmente influyente, como por ejemplo tras las brillantes denuncias de un Noam Chomski, o en aquellas terribles frases de Jean Paul Sartre en el prólogo a los *Les Damnés de la terre* de Fanon: “Abatir a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir al mismo tiempo un opresor y un oprimido; quedan un hombre muerto y un hombre libre”<sup>3</sup>.

Dentro de ese reparto de papeles en los que a Occidente le corresponde el de malvado, existen amplias zonas que reclaman para sí el de víctimas y acreedoras de una supuesta revancha histórica, todas aquellas que han sufrido el proceso colonial: el África negra por la esclavitud, Hispanoamérica por la conquista, el mundo musulmán por la pérdida de Al-Ándalus, y en general los países de Oriente Medio y Extremo Oriente. De entre ellos, el caso más

---

<sup>3</sup> **Jean-Paul Sartre**, prefacio a Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, Paris, Maspero, 1961, p. 20.

chirriante sería el de Oriente Medio, que sigue azuzando el odio a Occidente cuando, algunos de sus Estados, verdaderos reyes de los petrodólares, son señores arrogantes de una Europa dependiente. No importa, forman parte de los agraviados y saben utilizar ese chantaje en su beneficio.

Ya en 1983 Pascal Bruckner publicaba *Le Sanglot de l'homme blanc. Tiers-Monde, culpabilité, haine de soi*<sup>4</sup>, denunciando el sentimentalismo tercermundista de una franja de la izquierda occidental que se complace en la autculpabilización. En este sentido, cabe destacar también el libro más reciente de Alexandre del Valle: *Le Complexe occidental. Petit traité de déculpabilisation*<sup>5</sup>, donde desarrolla ampliamente cuál es el proceso de desinformación que preside la ideología de la culpabilización, desvelando las falacias de sus mitos fundadores y proponiendo una terapia de rearme moral.

Debemos remarcar que ese sentimiento de culpabilidad eurocéntrica siempre se aplica al pasado, a la historia, a los gobiernos, a los *lobbys*... El grupo o el individuo que lo denuncia queda *ipso facto* lavado de la culpa, héroe lúcido, autocrítico y solidario.

Una vez inoculado y construido discursivamente el sentido de culpa, todo intento de reafirmación de la autoestima del grupo imputado será objeto de lo que Leo Strauss denominó *reductio ad Hitlerum*, y tildado de reaccionario, fascista, racista... Una etiqueta que coloca a cualquier intelectual fuera del discurso aceptable –políticamente correcto– y lo convierte en un monstruo al que, en el mejor de los casos, se descalifica en un consensuado asesinato simbólico, y a veces incluso real.

Esta *reductio ad Hitlerum* se aplica a quienes osan defender, por ejemplo, el Estado-nación, la identidad cultural europea o nacional. Solo el multiculturalismo será considerado normativamente correcto, camino hacia un

<sup>4</sup> **Pascal Bruckner**, *Le Sanglot de l'homme blanc. Tiers-Monde, culpabilité, haine de soi* Paris, Éditions du Seuil, 1983.

<sup>5</sup> **Alexandre del Valle**: *Le Complexe occidental. Petit traité de déculpabilisation*, Paris, Éditions du Toucan, 2014.

idílico *melting pot*. Aquello que se reivindica como crucial en el reconocimiento de la identidad cultural de los pueblos indígenas o minorías étnicas pasa a ser un pecado nefando e impronunciable si se aplica a la(s) cultura(s) europea(s), aun siendo ya como son integrantes de una cultura minoritaria en vías de extinción, si tomamos en cuenta las lenguas y tradiciones regionales, la enseñanza del latín y el griego, el conocimiento de la iconografía religiosa, la filosofía... El que la actual *cultura McWorld*, superficial, consumista, neoliberal se haya desarrollado a partir de la expansión europea y norteamericana, no significa que las raíces culturales de Europa no estén en peligro de desaparición. Y es en este contexto, y no en el de una culpa heredada, en el que tenemos que analizar la prospectiva del flujo de poblaciones. No es guay desaparecer como cultura, no debemos pagar ninguna culpa; nosotros, los individuos que ahora vivimos y pensamos, no hemos conquistado América, ni hemos desencadenado ningún pogromo genocida, ni hemos colonizado nada. Y previamente a ello, deberemos releer con nuevos ojos la historia, pues, por desgracia, las guerras y las atrocidades han sido muchas, y no podemos acrecentar las tintas en unas y disculpar otras. La leyenda negra interesada es una cuerda que muchos, con las manos más teñidas de sangre, enarbolan para que Europa, dócilmente, se ahorque con ella.

Por tanto, se da la paradoja de que, en virtud de la defensa del pluralismo democrático, se abandera el imperativo normativo del multiculturalismo, y este en dos acepciones contrapuestas: en su versión neoliberal como consumo superficial de lo étnico o exótico y, por el contrario, como defensa comunitarista de las peculiaridades de aquellas culturas por mor de la cual estarían dispensadas de cumplir los valores universales democráticos, pues se supone que representaría un imperialismo depredador. En ambos casos, los valores que constituyen la identidad cultural europea quedan socavados. Ya Popper, en su defensa de las sociedades abiertas, advirtió de que el límite de la tolerancia en estas es la aceptación en su seno de aquellas tendencias totalitarias que atentaría precisamente contra dicha tolerancia.

Por debajo del imperativo solidario que Europa se exige a sí misma (crisis de los refugiados, fenómenos migratorios, integración social, conflictos

bélicos), sigue estando un persistente complejo de superioridad encubierto, tanto en la aceptación de una culpabilidad histórica desmesurada, cuanto en la pretensión de una responsabilidad omnipotente, capaz de solucionar los problemas globales.

¿Por qué Europa se siente a la vez responsable y amenazada?, ¿cómo se conjuga el sentimiento de solidaridad con el miedo a los cambios sociales, económicos y culturales que una acogida masiva conlleva?, y, en un sentido más general, frente al reto de la integración, ¿por qué sigue dudando de sus valores culturales legítimamente defendibles?

Ante estos interrogantes, deberemos aceptar que nuestro protagonismo, como europeos, es mucho más reducido; ni política, ni económica, ni militarmente estamos en situación de asumir un reto global. Y es a partir de aquí que debemos encarar la solidaridad, no como la deuda de una culpa, ni como la autosatisfacción moral de una imagen engrandecida de nosotros mismos, sino desde el respeto recíproco de los derechos del otro y la generosidad. Pues también estos constituyen valores que nos definen.

La solidaridad, concepto de uso relativamente reciente, se funda y hunde sus raíces en el derecho romano (*Pandecta* de Justiniano), la moral cristiana (*caritas*, virtud teológica), los valores ilustrados (fraternidad), los movimientos filantrópicos y sociales, y la Declaración de los Derechos Humanos. Forma parte, pues, del horizonte moral y jurídico en el que deseamos reconocernos. Ciertamente no sería este un valor estrictamente occidental, pues la hospitalidad y acogida del extranjero se encuentran presentes en las tradiciones más antiguas del orbe. Ahora bien, y volvamos a la doble faz de esta exigencia, curiosamente se llaman “derechos de solidaridad” a los derechos de tercera generación, también denominados de los pueblos o culturales, entre los cuales uno de los más fuertemente demandados es el derecho a la identidad nacional y cultural. Pero ello se piensa siempre desde el punto de vista del reconocimiento de los pueblos oprimidos, pues si intentamos reivindicarlo desde suelo europeo, al instante aparecerá la horrorizada descalificación y la *reductio ad Hitlerum*. Es, pues, su reconocimiento general de doble dirección –que todo

pueblo tiene derecho al mantenimiento de su identidad cultural en su propio territorio– el que puede evitar enfrentamientos en situaciones migratorias de amplio calado. Y únicamente desde los principios éticos y políticos en los que Europa se reconoce podremos construir un horizonte de convivencia.

**PALABRAS CLAVE**

Europa • Occidente • Culpabilización • Cultura • Identidad • Valores • Multiculturalismo